



Luis Ruiz de Aguirre y Tuñón de Lara
Foto: Eusko Ikaskuntza

IN MEMORIAN LUIS RUIZ DE AGUIRRE

Publicado en *Historia Contemporánea*, nº 2 (1989), pp. 295-324, revista de Eusko Ikaskuntza / Sociedad de Estudios Vascos

Luis Ruiz de Aguirre y la historia. Vida política y obra historiográfica de Sancho de Beurko

Por José Luis de la Granja

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

El 26 de julio de 1989 falleció en San Sebastián, a los 80 años de edad, Luis Ruiz de Aguirre, conocido también por su nombre literario “Sancho de Beurko”, dirigente histórico del nacionalismo vasco de izquierda y comisario general del Ejército Vasco. Era una de las pocas figuras relevantes que quedaban de la generación de la República y la Guerra Civil en Euskadi, después de la reciente desaparición del comunista Juan Astigarrabía y los nacionalistas Alberto Onaindía, Eugéne Goyheneche, Juan Manuel Epalza y Jesús María Leizaola. En su persona queremos también rendir homenaje a esa generación crucial en la historia vasca contemporánea que encabezó el lehendakari José Antonio Aguirre.

Voy a abordar el tema de la relación de Luis Ruiz de Aguirre con la historia desde una triple perspectiva: primero, como protagonista, centrándome en el periodo de la República y la guerra; segundo, como testigo oral de los hechos acaecidos durante esos años, cuyas declaraciones han sido recogidas en diversos libros publicados en el último decenio, y finalmente, como historiador y archivero de la Guerra Civil en Euskadi, a la que dedicó varias obras y sobre la que reunió, en colaboración con otras personas, un importante archivo.

Protagonista en la República y en la Guerra Civil

Nacido el 18 de noviembre de 1908 en Baracaldo en el seno de una familia nacionalista, Luis Ruiz de Aguirre y Urquijo militó desde muy joven en organizaciones nacionalistas: el sindicato Solidaridad de Obreros Vascos (cuando trabajaba de delineante en la compañía Euskalduna, propiedad del naviero *jelkide* Ramón de la Sota), y la Juventud Vasca de Baracaldo, entidad autónoma en los años veinte que se integró en Acción Nacionalista Vasca, partido aconfesional y de izquierda moderada nacido por escisión del PNV en 1930.

Al instaurarse la II República en abril de 1931, Ruiz de Aguirre se afilió a ANV como socio de su Euzko-Etxea de Burceña. Tras cumplir el servicio militar en Pamplona, comenzó a actuar políticamente escribiendo en la prensa aeneuvista, el diario *Tierra Vasca* (San Sebastián, 1933-34), y participando en las actividades de su agrupación municipal.

La dureza de la lucha política en los años republicanos en Bilbao y la zona fabril de la margen izquierda, con frecuentes choques violentos entre carlistas, nacionalistas, republicanos y socialistas, llevó a la creación de grupos paramilitares de los partidos (requetés, *mendigoizales*, milicias...). ANV intervino en esa lucha violenta (tuvo un muerto y varios heridos en Baracaldo en 1933) y contó con una organización secreta de la que formó parte Ruiz de Aguirre. Según su testimonio, se denominaba con las siglas C.A.N. (cuyo significado no recordaba) y se dedicaba a ayudar a los presos nacionalistas, a vigilar a otros partidos y a comprar pistolas, que escondían en el local de las *Emakumes* de Juventud Vasca de Baracaldo y con las que hacían ejercicios de tiro en el monte.

“Sancho de Beurko” participó también con otros jóvenes aeneuvistas en la Revolución de Octubre de 1934 ocupando el ayuntamiento de Baracaldo y tuvo que permanecer recluido en su casa durante algún tiempo, librándose de acudir a la cárcel gracias al entonces capitán de la Guardia Civil Juan Ibarrola (que llegó a ser un destacado jefe militar del ejército republicano en la guerra).

En los años finales de la República Ruiz de Aguirre ocupó cargos en la organización local de ANV. En 1934 fue secretario de la junta municipal de Baracaldo, compuesta por Juventud Vasca y cinco Euzko-Etxeas en diversos barrios. Se acordaba de que llegó a firmar 1.117 recibos de afiliados, lo que prueba la pujanza de ANV en la localidad fabril (su núcleo más importante de toda Euskadi), superior en ella al PNV (que no llegaba a los 1.000 militantes).

La peculiaridad de la Juventud Vasca de Baracaldo a lo largo de su historia se confirmó en 1936 al protagonizar un cisma en el seno de ANV: se opuso a su ingreso en el Frente Popular y acordó acudir a las elecciones municipales de abril en alianza con el PNV.

Ante su disidencia, la dirección nacional de ANV expulsó al comité municipal, transformándose entonces Juventud Vasca en ANV Autónoma, y lo sustituyó por otro, que estuvo presidido por Ruiz de Aguirre y contó con el apoyo de la mayoría de las Euzko-Etxeas de Baracaldo. En esta situación de división sobrevino la Guerra Civil. Fue en vísperas de ésta cuando nuestro biografiado empezó a adquirir importancia dentro de Acción Nacionalista participando en sus principales actividades durante la primera mitad de 1936: la negociación de la alianza con el Frente Popular en las elecciones a Cortes, la redacción del semanario *Acción Vasca* (Bilbao) y la elaboración de un nuevo programa que marcó un giro a la izquierda en los planteamientos socioeconómicos del partido (anticapitalismo, nacionalizaciones...). Dicho programa fue aprobado en la asamblea nacional celebrada en Bilbao el 28 de junio, a la que asistió

Ruiz de Aguirre como apoderado de Baracaldo y en la que resultó elegido vocal suplente del nuevo comité nacional por la comarca de la margen izquierda del Nervión. En la Guerra Civil su actuación fue mucho más militar que política (si bien colaboró en el diario *Tierra Vasca* de Bilbao en 1936-37), pues intervino en los principales hechos bélicos: la campaña de Guipúzcoa, la batalla de Villarreal, la campaña de Vizcaya y el pacto de Santoña. Ya en agosto de 1936 marchó con un grupo de nacionalistas vizcaínos a Loyola, en donde estaban formándose las milicias vascas, el embrión del Euzko Gudarostea. Allí se incorporó al que luego sería batallón nº 1 de ANV (nº 6 del Ejército regular de Euzkadi), del que fue capitán de la compañía de ametralladoras y con el que combatió en Villarreal y en los frentes de Vizcaya. Su máximo ascenso se produjo el 17 de mayo de 1937 cuando Aguirre le nombró Comisario General de Guerra de Euzkadi (equiparado a teniente coronel), junto con Jesús Larrañaga (PCE), José M^a Lasarte (PNV), Máximo Astiz y Cecilio Egaña¹. Vivió la evacuación tanto de San Sebastián en septiembre de 1936 como de Bilbao en junio de 1937.

Tras la caída de la capital vizcaína, Ruiz de Aguirre continuó con lo que quedaba del Ejército Vasco hasta Santander y, en representación de ANV, se sumó a última hora al llamado “Pacto de Santoña” entre la dirección del PNV y el mando de las tropas italianas que luchaban con el ejército de Franco. Fue una de las 17 personalidades vascas que pudieron salir de Santoña y viajar a San Juan de Luz en el destructor británico “Keith” gracias a un acuerdo de canje de presos políticos llevado a cabo por los consejeros Leizaola (PNV) y Nárdiz (ANV) y el coronel franquista Troncoso el 25 de agosto de 1937².

Pasó el resto de la Guerra Civil en el País Vasco continental, adscrito al departamento de Agricultura del Gobierno de Euzkadi que regentaba su partido. Estando en Bayona, en octubre de 1938, firmó con otros nacionalistas un escrito propugnando la creación de un Frente Nacional Vasco, compuesto por todas las organizaciones *abertzales* (PNV, ANV, STV, y la Federación de *Mendigoizales*), que no llegó a cuajar a pesar del apoyo del comité nacional de ANV, que nombró a Ruiz de Aguirre su representante en esas conversaciones junto con su amigo José Olivares Larrondo (el destacado periodista “Tellagorri”).

Acabada la guerra, marchó a América viviendo largos años de exilio en Venezuela, en donde fue presidente de ANV. Desde allí promovió y financió al principio la publicación del periódico mensual *Aeneuvista Tierra Vasca* (Bueno Aires, 1956-75), dirigido por “Tellagorri” hasta su muerte en 1960. En él colaboró de nuevo con sus escritos, al igual que en otras publicaciones vascas del exilio.

Vuelto a Europa en los años sesenta, Ruiz de Aguirre se instaló en San Juan de Luz, hasta que recientemente pasó a residir en Fuenterrabía. A finales del franquismo y comienzos de la transición, siguió militando en Acción Nacionalista Vasca, su partido de siempre. Pero el ingreso de éste en la coalición Herri Batasuna le llevó a abandonarlo y a crear con otros correligionarios de su época ANV histórica, de efímera existencia.

Testigo de la historia

Los testimonios de protagonistas constituyen una fuente importante y necesaria al escribir la historia del siglo XX. En el caso del País Vasco han sido bastante utilizados

¹ Orden de la consejería de Defensa publicada en el *Diario Oficial del País Vasco* del 19 de mayo de 1937, nº 223.

² Cf. “El informe de Leizaola de su gestión en un destroyer inglés”, *Euzkadi*, 26-11-1981, nº 221, pp. 30-31,

para conocer la II República, la Guerra Civil y la Dictadura Franquista. Luis Ruiz de Aguirre ha sido uno de los que más ha aportado sobre la política y la guerra en Euskadi durante los años 30 a través de sus entrevistas con varios historiadores y periodistas. Para el período republicano, su contribución principal se refiere lógicamente a la historia de su partido político. Datos interesantes sobre éste se encuentran en una entrevista periodística³, en dos libros de testimonios centrados más en la guerra que en la República⁴ y en mi historia de Acción Nacionalista Vasca⁵. Para ésta le entrevisté en varias ocasiones en 1982 y desde entonces mantuve una larga correspondencia epistolar con él, siendo sus cartas una fuente de información tan valiosa como su testimonio oral para conocer la vida interna de ANV hasta la Guerra Civil, en especial el caso singular de Baracaldo: su organización, sus grupos armados, su participación en la Revolución de Octubre, su prensa, su evolución izquierdista a finales de la República, su asamblea nacional de 1936, el cisma baracaldés, etc., aspectos a los que ya he hecho referencia. El testimonio de Ruiz de Aguirre es también muy útil para historiar el desarrollo de la guerra en el Norte desde una perspectiva militar, sobre todo la campaña de Vizcaya, la conquista de Bilbao y el “Pacto de Santoña”. Sus declaraciones han sido publicadas en tres obras, una con su visión de la fallida ofensiva del Ejército Vasco sobre Villarreal de Álava a finales de 1936⁶, y las otras dos con informaciones acerca de su actuación y de la marcha de la contienda desde sus inicios hasta Santoña⁷.

En ellas sostiene que el Cinturón de Hierro en torno a Bilbao era indefendible, con independencia de la traición del ingeniero Goicoechea, por no contar el Ejército Vasco con el armamento y los soldados suficientes, basándose en un informe del teniente coronel Montaud, jefe del Estado Mayor. Así afirma con rotundidad: <<el Cinturón de Bilabo no tenía defensa>>; <<el Cinturón tenía, en todo caso, una defensa heroica, pero no creo que con posibilidades de éxito>>. Y reitera lo mismo en el caso concreto de la villa del Nervión: <<la defensa de Bilbao ciudad era materialmente imposible>>, <<Bilbao capital no tiene ninguna defensa>>.

Ruiz de Aguirre acepta como correcta la decisión del Gobierno Vasco de hacer caso omiso de las órdenes del ministro Prieto y no destruir la industria pesada de la margen izquierda por considerar que su destrucción iba <<en perjuicio del pueblo vasco>>. A mi juicio, la principal aportación historiográfica del testimonio de Sancho de Beurko ha sido hablar de la existencia del “Pacto de Bilbao” (antecedente del de Santoña), pacto no escrito pero que se concreta en hechos tan importantes como los siguientes: la huida de destacados jefes del Ejército Vasco (de artillería, intendencia y sanidad) en los destructores Císcas y José Luis Díez, la entrega de los presos de las cárceles bilbaínas al ejército franquista, el abandono de abundante armamento y munición, la rendición de numerosos batallones y la no voladura de Altos Hornos de Baracaldo (aquí señala que sí hubo negociación entre el batallón Gordexola, del PNV, y ANV Autónoma, y un coronel italiano). En su opinión, este “Pacto de Bilbao” tuvo más trascendencia que el

³ “Estatuto de 1936. Sus protagonistas. Luis Ruiz de Aguirre”, *Garaia*, 16/23 de septiembre de 1976, nº 3, pp. 6-8.

⁴ JIMÉNEZ DE ABERASTURI, L.M. y J.C.: *La Guerra en Euskadi*, Plaza & Janés, Barcelona, 1979, pp. 335-365 (sobre la República: pp. 335-342). VVAA: “Protagonistas de la historia vasca (1923-1950)”, *Cuadernos de Sección Historia-Geografía* (Eusko Ikaskuntza), 7 (1985), pp. 67-90 (sobre la República: pp. 69-76).

⁵ GRANJA, J.L. de la: *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, C.I.S./Siglo XXI, Madrid, 1986. 687 pp. (con abundante referencias a la actuación y el testimonio de Ruiz de Aguirre).

⁶ BLASCO OLAETXEA, C.: *Diálogos de Guerra. Euskadi 1936*, San Sebastián, 1983, pp. 31-49.

⁷ Las dos obras citadas en la nota 4.

posterior: <<si hay 14 batallones aproximadamente en Santoña, hay que considerar que en Bilbao se entregan más de 30>>⁸.

En cambio Ruiz de Aguirre resta importancia a la rendición de Santoña y justifica la negociación del PNV con las tropas italianas: <<me parece que está justificado ese pacto o cualquier otro cuando se trata de salvar un ejército>>. Recuerda que el presidente Aguirre, en su último parte dado en Trucíos antes de abandonar el territorio vasco, escribió: <<Salvar el Ejército es misión principal>>. Para ello, el propio Lehendakari viajó a Valencia y negoció con el Gobierno Republicano su evacuación a Francia por vía marítima. Pero este proyecto falló y el que se llevó a cabo fue el de la dirección del PNV (Ajuriaguerra), conocido como la “solución italiana”, cuyo fracaso se debió a la traición de los italianos, a juicio de Ruiz de Aguirre: <<El Ejército Italiano no cumplió con su palabra. No mereció que se le entregase lo que quedaba del Ejército Vasco>>. Otros protagonistas e historiadores no comparten esta opinión ni tampoco su valoración sobre el polémico “Pacto de Santoña”⁹.

Historiador y archivero de la Guerra Civil en Euskadi

Al correr del tiempo Luis Ruiz de Aguirre acabó siendo historiador de los acontecimientos bélicos de los que había sido protagonista y que contó a otros autores. Ciertamente, no fue (ni podía serlo) un historiador académico. A escribir sobre la guerra en el País Vasco no le llevó la profesión ni la vocación (su vocación fue más ser poeta que historiador), sino la necesidad de defender los ideales (el nacionalismo vasco) y las instituciones (el Gobierno autónomo surgido del estatuto de 1936) por los que dio su visión de la Guerra Civil, la de los gudaris vencidos, en oposición a la ofrecida por los vencedores, por la historiografía militar franquista. Así, por ejemplo, criticó aspectos de las obras del coronel Martínez Bande, como lo que éste ha denominado la “Rendición de Guriezo”¹⁰. Del mismo modo, formó parte de la comisión de historiadores investigadora del bombardeo de Gernika en los años 1977-1978.

Sancho de Beurko fue autor de varios artículos sobre el Pacto de Santoña¹¹, en los que defendió las tesis ya mencionadas, y de dos libros sobre la guerra¹². Aparte del valor de éstos a los que enseguida aludiré, Ruiz de Aguirre ocupa un puesto destacado en la historiografía vasca de la Guerra Civil por haber editado completo *El Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*¹³, extenso y capital documento para entender el conflicto en Vizcaya bajo el Gobierno Vasco de octubre del 36 a junio del 37. Con su publicación Ruiz de Aguirre cumplió su misión de dar a conocer al pueblo vasco la defensa que de él hizo el Lehendakari Aguirre y <<su terrible esfuerzo para salvar el Ejército Vasco>>, y al mismo tiempo proporcionó a los historiadores una

⁸ “Protagonistas...”, op. Cit., p. 83.

⁹ ONAINDIA, A.: *El Pacto de Santoña*, Laiz, Bilabo, 1983, 181 pp. GARMENDIA, J.M.: “El Pacto de Santoña” en VVAA.: *La Guerra Civil en el País Vasco, 50 años después*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1987, pp. 151-180.

¹⁰ MARTÍNEZ BANDE, J.M.: *El final del Frente Norte*, San Martín, Madrid, 1972, pp. 91-98 y 228-244. Del mismo autor son los libros *La Guerra en el Norte*, *Vizcaya y Nueve meses de Guerra en el Norte*, San Martín, Madrid, 1969, 1971 y 1980, respectivamente.

¹¹ “El pacto que no se cumplió”, *Euzkadi*, 7-V-1982, pp. 40-43. “La ruta de Santoña”, *Deia* (semanal), 20 y 27-11-1983, pp. 4-8 y 6-8. Hacer un relato de lo sucedido desde la pérdida de Bilbao hasta la capitulación de Santoña fue uno de los proyectos que no pudo llevar a término.

¹² Además, escribió sendos prólogos a dos comics de Antonio Hernández Palacio sobre la Guerra Civil: *Eloy*, *Euskadi en llamas* y *Gorka, gudari*, Ikusager, Vitoria, 1979 y 1987, respectivamente.

¹³ *El informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República sobre los hechos que determinaron el final del Frente del Norte (1937)*. Prólogo y notas de Sancho de Beurko, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1978, 537 pp. (1ª edición: 1977).

fuente de excepcional valía, cuya consulta es imprescindible para todo aquel que quiera escribir sobre la Guerra Civil en Euskadi.

Precisamente, en su prólogo a *El Informe...*, Beurko revela que el presidente Aguirre (tan admirado por él aún no perteneciendo al mismo partido) le pidió a él y a otros destacados nacionalistas que escribieran sobre los hechos que habían vivido en 1936-37. Ruiz de Aguirre hizo caso de esta petición y prueba de ello son los dos libros que dedicó a la contienda fratricida.

El primero, escrito en el exilio, lleva el significativo título de *Gударis*¹⁴. Como señala su prologuista Tellagorri, <<no pretende ser una historia de la Guerra Civil en Euzkadi; a veces se preocupa de los detalles bélicos y los consigna escrupulosamente, pero la tónica general es la del pintor literario>>. En efecto, son –como indica el subtítulo– recuerdos de guerra que el autor narra de forma literaria, no en vano <<Sancho de Beurko ha sido siempre un poeta>> (Tellagorri). La parte final del libro es la que tiene más valor desde el punto de vista histórico, ya que reconstruye la reorganización del Ejército Vasco en Santander en los meses de julio y agosto de 1937 y sigue su evolución día a día en base a la documentación del Estado Mayor. Bastantes de estos documentos, que él mismo sacó en una cartera de Santoña y conservó a lo largo de toda su vida, figuran reproducidos fotográficamente en la segunda edición de *Gударis*¹⁵, entre ellos el último parte de Aguirre en suelo vasco. Esta aportación documental acrecienta considerablemente el valor histórico del libro: la publicación de un gran número de fotografías en su mayoría referidas al Ejército vasco y a la guerra en Vizcaya, y una muy útil relación de batallones del ejército regular de Euzkadi con sus nombres, numeración, filiación política o sindical y mandos superiores¹⁶.

El segundo de sus libros sobre la Guerra Civil está dedicado al Ejército Vasco¹⁷. Tampoco se trata de una historia propiamente dicha, sino más bien de una recopilación de documentos, estadísticas, fotografías y croquis de operaciones, de gran importancia para la historia militar. Entre ellos sobresalen los numerosos datos que proporciona sobre la composición del Ejército y de la Marina Auxiliar de Guerra, su armamento y el Cinturón de Hierro. Al final del libro reproduce textos de los historiadores militares franquistas sobre la campaña de Vizcaya, que sirven de contraste a la visión y a las fuentes ofrecidas por Sancho de Beurko.

En suma, su mayor aportación a la historiografía de la Guerra Civil en Euskadi es de índole testimonial y documental. Y es que Ruiz de Aguirre hablaba y escribía de la guerra de 1936 basándose no sólo en los recuerdos de su memoria sino sobre todo en un importante archivo, que tuvo su origen en la documentación militar que logró sacar del puerto de Santoña en agosto de 1937. A los papeles y las fotografías que fue reuniendo se sumó la cuantiosa documentación recuperada en los años setenta por “Bidasoa. Instituto de historia Contemporánea”, asociación de la que fue uno de sus principales promotores y que publicó varios fascículos sobre la Guerra Civil¹⁸. Ruiz de Aguirre entregó en 1985 una copia del Archivo Bidasoa a la consejería de Cultura del Gobierno

¹⁴ *Gударis. Recuerdos de guerra*. Prólogo de Tellagorri, Ekin, Buenos Aires, 1956, 143 pp.

¹⁵ *Gударis*, La Gran Enciclopedia Vasca, Bilbao, 1977, 133 pp.

¹⁶ Hoy en día existe una relación de batallones más completa y detallada: la publicada en la revista *Gudari* (Bilbao, 1937) por la Edit. Eguzki, Bilbao, 1986.

¹⁷ *El Ejército Vasco*, tomo VI de la *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*, Aramburu-Naroki, San Sebastián-Bilabo, 1981, 276 pp.

¹⁸ *Documentos gráficos militares de Euzkadi*, Azular, Saint Jean de Luz, 1975, 28 pp. *El combate de Cabo Matxitxako*, Geu, Bilbao, 1977, 112 pp. BELDARRAIN, P. De: *Los asaltos del monte Intxorta*, Geu, Bilbao, 1980, 141 pp.

Vasco, que se encuentra en el centro de microfilm de Bergara¹⁹, y en 1989 otra copia del mismo a la Biblioteca Central de la Universidad del País Vasco en Leioa, garantizando así su conservación y difusión.

Para terminar quiero resaltar la vinculación que le unió a la Universidad vasca en los últimos años de su vida. Hombre trabajador y autodidacta, que no tuvo oportunidad de estudiar una carrera universitaria pero con una fuerte vocación cultural, decidió -así me lo comunicó constantemente en sus cartas- que sus fondos bibliográficos, hemerográficos y documentales fuesen a parar a la Universidad pública para que sirviesen en el futuro a los investigadores. Así, en 1987 la UPV adquirió sus colecciones de prensa, valiosas para la etapa del exilio (*Euzko Deya* de París y México, *Alderdi*, *OPE*, etc.), con las que la hemeroteca universitaria organizó una interesante exposición titulada “40 años de Historia”. En 1988 y primeros meses de 1989, aquejado ya de larga y penosa enfermedad que le obligó a peregrinar por diversos hospitales, fue pasando paulatinamente a la UPV su biblioteca, en la que destacaban los libros referentes a la Guerra Civil y a la figura de Simón Bolívar (otra de sus aficiones culturales: era el presidente de la Sociedad Bolivariana del País Vasco desde 1987). Y por último, en julio de 1989, unas semanas antes de su muerte aprobó el traslado de su archivo (¡De lo que más le costó desprenderse!) desde su casa de Hondarribia hasta la Biblioteca Universitaria de Leioa.

Este postrer gesto en pro de la cultura y de la memoria colectiva del pueblo vasco honra a Luis Ruiz de Aguirre, que supo ser hombre de acción y *gudari* en la guerra y hombre de letras e historiador en tiempo de paz, siempre al servicio de la causa vasca por la que luchó primero con las armas y después con la pluma.

En 1980, en el prólogo de su libro sobre *El Ejército Vasco*, escribió: <<Siempre he temido por la muerte de un *gudari* porque además de llevarse nuestras lágrimas, se lleva con él una parte de la reciente historia de Euzkadi>>. Pienso que pocas veces se han aplicado con mayor propiedad estas palabras que en el caso de Luis Ruiz de Aguirre, sin duda, son su mejor epitafio. Descansa en paz, amigo Luis.



Igarobide, pasaporte de Luis Ruiz de Aguirre
Foto: Emilio Castillo (revista *El Irunés*)

¹⁹ Una descripción del contenido de este fondo puede verse en el trabajo de JIMÉNEZ DE ABERASTURI, J.C.: “Archivos y fuentes documentales para la historia de la Guerra Civil en Euskadi” en VVAA.: *La Guerra Civil en el País Vasco, 50 años después*, op. cit., pp. 368-373.

Retrospección y melancolía

Por Miguel Pelay Orozco

Escritor

A Luis Ruiz de Aguirre

Ahora que vuelvo la vista al pasado me sorprende –yo diría que me sobresalta- el pensar en los muchos años transcurridos desde que conocí a Luis Ruiz de Aguirre en la Caracas idílica, antañona y semicolonial de principios de los cuarenta. En aquella hospitalaria Caracas que acogiera a las primeras expediciones de exiliados vascos, restañando con su alegre cordialidad, las enconadas heridas psicológicas que dejó en ellos la tragedia vasca de 1936.

No había de pasar mucho tiempo sin que, una vez constituido el Centro Vasco como providencia esencial para impedir la dispersión de la incipiente colonia, empezaran a manifestarse las diversas aficiones y tendencias de aquellos pioneros, produciéndose de una manera espontánea y natural una racional distribución con vistas a la asunción de eventuales actividades e iniciativas. Así, hubo quienes –los más jóvenes, naturalmente- se inclinaron definitivamente por el deporte: la pelota, el fútbol, etcétera; otros optaron por la música, que siempre ha tenido gran arraigo en nuestro país; otros, quizás más previsores y pragmáticos, pusieron las bases para la fundación de una sociedad o montepío, cuyo objeto sería el de proteger a sus miembros y familiares en caso de enfermedad, accidentes, fallecimientos, etcétera. Por cierto que esta entidad, a la que se bautizó con el nombre de Asociación Vasca de Socorros Mutuos, funcionó de manera admirable a través de los años. Ignoro si hoy continuará funcionando, pues hace ya casi cuarenta años que regresé de Venezuela.

También, por entonces, unos cuantos jóvenes que compartíamos el mismo tipo de inquietudes y afanes –el amor a Euskadi, el interés por nuestra cultura y por nuestra lengua, la afición a la literatura y a las artes en general- nos constituímos en grupo, en equipo de actividades. La cosa comenzó con una tertulia que después fue creciendo y con el tiempo llegó a adquirir alguna importancia. Es cuando el grupo adoptó el nombre de Ekin.

Componentes de Ekin fueron, o mejor fuimos, pues yo también pertencí al grupo, que recuerde en este momento, los hermanos Oñatibia (Jon y José), Bitor elguezabal, José Estornés, Andoni Arozena, Luis Guzmán De Frutos, Lorenzo Zarranz, Iñaki Urreiztieta y un navarro de apellido Beretoni. Puede que me deje algún nombre, porque mi memoria hace tiempo que empezó a presentar graves deterioros.

Llegado aquí, me toca ahora hablar de Luis Ruiz de Aguirre. O de Sancho de Beurko, cuyo era su “nom de guerre” literario.

Siempre he pensado que uno de los factores que influyen decisivamente en la iniciación y en el afianzamiento de las amistades humanas es el de las aficiones comunes. Beurko compartía con Urreiztieta y conmigo la de la literatura. Y dentro de ésta, la de la admiración por Baroja. Lo que, en aquel tiempo en el que el “maisú” de Itzea estaba incurso en un index arbitrario e injusto determinado en nuestro país por gentes dogmáticas que ni siquiera le habían leído –la imputación era nada menos que de antivasco-, suponía una identificación de signo casi ideológico, por aquello de “el que no está conmigo...” Ello hizo que los tres nos compenetráramos muy bien desde el principio, cerrando filas en defensa de nuestros puntos de vista.

Antes de radicarse en Caracas, Beurko había pasado por Colombia, donde tuvo contacto con los pocos vascos que por entonces residían allí, desde el famoso boxeador Isidoro

Gaztañaga hasta Patxi Abrisketa, nuestro paladín bolivariano, que para entonces se perfilaba, no ya como delegado del Gobierno Vasco, cargo que efectivamente le tocaría después desempeñar, sino como auténtico cónsul de Euskadi, dadas sus numerosas conexiones e influencias y cuya utilización puso siempre al servicio de los vascos necesitados.

Debo señalar que para cuando se instaló definitivamente en la capital, Luis había pasado ya mucho tiempo en la selva y en la gran sabana venezolanas. Conocía, pues, directamente, ese mundo misterioso y fascinante tantas veces cantado –con exaltación, con respeto y, a veces, también, con sobrecogimiento– por el viejo Gallegos, y que marca para siempre a quienes osan adentrarse dentro para arrancarle sus secretos.

Luis Ruiz de Aguirre no escapó a la influencia moderadora de la sabana galleguiana y, cuando se integró en nuestro equipo, era un hombre un tanto sombrío, que hablaba poco y reía menos. Claro que, transcurrido el tiempo fue animándose y terminó por participar –nunca con excesiva pasión– en nuestros acalorados debates.

Había sido años atrás muy amigo de Olivares Larrondo (Tellagorri) y hablaba siempre de él con afecto y admiración. Ambos compartieron el exilio en Francia y Luis contaba que, sentados al atardecer en cualquier tabernucho del camino, Tellagorri sacaba de pronto un bloc y en un periquete escribía –a tapiz, puntualizaba siempre– su artículo para un periódico en el que colaboraba y por el que le debían pagar una miseria.

Yo creo que de la mano de Tellagorri hizo sus primeros pinitos literarios en las páginas de *Tierra Vasca*, que era un diario de Acción Nacionalista Vasca, organización política de la que ambos eran afiliados. Y posiblemente su adhesión a Baroja la heredaría también del propio Tellagorri, que era bastante más viejo que él, y cuyo estilo revelaba una innegable influencia del viejo “maisu” de Itzea, lo mismo que alguno de los títulos de sus libros. Y, por si fuera poco, los pseudónimos que utilizó a lo largo de su carrera – Tellagorri y Chipiteguy– eran tomados de dos famosos personajes de Don Pío...

De todos estos amigos que he ido enumerando, la mayoría éramos colaboradores de la revista “Euzkadi”, que editaba el Centro Vasco de Caracas. Por cierto que entonces casi todos utilizábamos pseudónimo. Mucho se ha hablado, y casi siempre despectivamente, de esa costumbre vasca de refugiarse tras un nombre falso. Creo que es cosa de principiantes. Probablemente timidez. De los que recuerdo, Urreiztieta firmaba “Dorkaitzekua”; Oñatibia, “Gaviria”, Estornés, “I. de Óbanos”, Arozena, “A-Bi”, Ruiz de Aguirre, como ha quedado dicho, “Sancho de Beurko”, y yo, “Olarso”. Con el tiempo, todos, excepto Ruiz de Aguirre, fuimos desprendiéndonos de nuestros sobrenombres. En mi caso, lo fui a instancias del Dr. Justo Gárate quien, en una de sus cartas, me preceptuó categóricamente: “Ha llegado el momento de que firme Vd. sus trabajos con su nombre y apellido”. Para entonces había yo publicado media docena de libros y bastantes más docenas de colaboraciones de prensa.

Por cierto que Gárate nos animó mucho, especialmente a Urreiztieta y a mí. Lo curioso es que ni uno ni otro le conocíamos personalmente; nuestra amistad nació y se consolidó vía epistolar, ya que él residía en Argentina. No era el caso de Ruiz de Aguirre, quien le había conocido ya en Bilbao, antes de nuestra guerra. Como quiera que fuese, el apoyo de un intelectual del prestigio del Dr. Gárate, para unos escritores en agraz como éramos nosotros entonces, supuso un estímulo decisivo. Creo que se lo agradecemos de corazón. Tanto que, a pesar de los años transcurridos, aún ahora que uno se ha hecho viejo, no lo ha olvidado. Ni lo olvidará, claro...

Sancho de Beurko tenía un tipo de personalidad un tanto compleja, que yo calificaría de poliédrica intentando expresar con una referencia geométrica sus muchos y distintos aspectos. Se ha dicho de él, por ejemplo –y yo no lo puedo poner en duda en el testimonio de personas que le apreciaban tanto o más que yo–, que su carácter era

contencioso y hasta agresivo. Y, sin embargo, en los largos años que duró nuestra amistad (nada menos que desde principios de los cuarenta hasta su fallecimiento, acaecido recientemente), quiero proclamar que jamás tuvimos el menor roce y que nunca llegué a advertir en él el más mínimo indicio de acritud o de irritación para conmigo.

Respecto del conjunto de su producción literaria, es evidente que también presenta distintas caras. Sería, pues, asimismo poliédrica, si se me permite volver a utilizar la metáfora. Pues Luis, además de practicar el periodismo, con colaboraciones de carácter político o social, cultivó la poesía, la narración, el ensayo e incluso la historia, entrada esta última parcela en la guerra del 36.

Algunos de sus libros contienen vivencias de la guerra y de sus andanzas posteriores en la jungla tropical, como *Gudaris* (que obtuvo dos ediciones) y *Vascos por el mundo*. Otros son de poesía, rimada o en prosa: *Semillas de mis surcos*, *Viento y agua en los caminos* y *Pido un monumento*, libro este último que me cupo el honor de prologar. Como historiador se le debe el tomo VI de la *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*, editado por Luis Haranburu, así como dos gruesos volúmenes que con el título general de *El Informe del presidente Aguirre al Gobierno de la República*, constituye un dramático testimonio de la lucha que sostuvo el lehendakari con el propio gobierno de la República, solicitando el envío de aviones y armamento con el que contener la ofensiva franquista del Norte.

En honor a la verdad, hay que convenir en que Sancho de Beurko fue un historiador serio y riguroso, poseedor de una documentación muy completa que acopió personalmente y con la que apoyó todas sus aserciones relacionadas con nuestra guerra. Por si fuera poco y como decía en mi biografía sobre Juan de Ajuriaguerra, fue un historiador <<que estuvo allí...>>

Pero, coincidiendo con lo que afirmaba Tellagorri en el prólogo de uno de sus libros, y con Luis de Castresana, que epilogó otro posterior, yo añadiría que a través de su obra, lo que prevalece por encima de todo en nuestro amigo es precisamente su condición de poeta. Condición absoluta e ineluctable, de la que no supo, o no quiso, o no pudo, desprenderse jamás. Ni en sus escritos, ni en sus conferencias, ni en su propio comportamiento ante la vida.

Todavía le recuerdo, ya reintegrados al País tras la aventura americana, en alguna de nuestras excursiones montaÑeras, recitando junto a un arroyo, o a la entrada de un bosque, o al pie de algún túmulo dolménico, fragmentos poéticos de Unamuno, de Blas de Otero, de Lorca, de Juan Ramón o de Neruda. Por cierto, que lo hacía muy bien, con ese estilo seco, grave, de vasco encartado –yo diría hasta “siderúrgico”– y sin incurrir en las declaraciones campanudas y aparatosas a que nos tienen acostumbrados Alberti y la mayoría de los poeta, digamos “oficiales”. Otras veces le daba por cantar algún joropo o algún merengue caribeño. No tenía voz pero “decía” las canciones con cierta gracia. También recuerdo que en una ocasión, durante uno de estos paseos nuestros por las alturas de Aranzazu, al atravesar un pequeño bosque de añosos robles que se hallaba en las inmediaciones del caserío “Bildotsa”, ambos tuvimos el presentimiento, tristemente confirmado algún tiempo después, de que aquellos hermosos supervivientes de nuestro otrora espléndido patrimonio forestal, no durarían mucho tiempo en pie. De pronto, Luis se abrazó al tronco corpulento y musgoso de uno de aquellos centenarios robles y exclamó con tristeza: <<derribar esto es como derribar un viejo templo>>. La frase me impresionó vivamente. Tanto, que la transcribí en un libro mío titulado *Palabras, palabras...*

Por cierto que de aquella excursión nació una bella composición suya que fue publicada en la revista *Aranzazu*; reproducida después en otra publicación del País (cuyo nombre

ha huido de mi memoria) y comentada posteriormente por mí, creo que en el mismo libro que acabo de citar...

La última fase de la vida de Luis Ruiz de Aguirre fue triste. A su regreso de un viaje que hizo a Venezuela se sintió mal. Un día que fui a visitarle a su recientemente estrenada casa de Hondarribia, me dijo con increíble naturalidad: <<Tengo leucemia>>. <<¡Qué vas a tener, no digas tonterías!>>, exclamé. Porque una cosa que no he dicho es que Luis era un pesimista como he conocido pocos. Lo mismo tratándose de enfermedades, como de política, como de negocios o de la acogida que pudieran tener sus libros, siempre veía el lado negro. <<Sí, sí, Miguel; estoy muy mal>>, insistió. Y en seguida se puso a detallarme la enfermedad, así como la fase en que se hallaba.

Poco después empezaría su aciaga peregrinación, de clínica en clínica. De la policlínica pasó a la Residencia y de allí, en cuanto se repuso un poco, viajó a Caracas, donde la mayor parte de su estancia la pasó en alguna otra clínica de allí. Yo no creo que transcurriera un mes cuando volvió a presentarse en Fuenterrabía. Traía una información exhaustiva, documentada por cada uno de los centros sanitarios por los que había pasado. Luis explicaba el curso de su enfermedad con una serenidad que nos chocaba a todos. Había asumido totalmente la irrevocabilidad de su mal y hablaba de él como si se tratara del de otra persona. En mi vida he conocido impavidez semejante. La fase postrera se desarrolló en el Oncológico donostiarra. Yo iba a visitarle acompañado de otro amigo común, compañero de excursiones y cuya contrafigura la trazó Luis, solapadamente, en el prólogo de su libro *Viento y agua en los caminos*.

Y, así, como era pesimista y al mismo tiempo animoso, quiero señalar que también era un hombre, a la vez, serio, casi taciturno, y poseedor de un agudo sentido del humor que le llevaba con frecuencia a embromar a sus propios amigos. Contradicciones que encontraban una misteriosa conciliación gracias tal vez a la singular personalidad poliédrica que le hemos asignado páginas atrás. <<¿Tienes dolor?>>, es una pregunta que yo le hacía invariablemente. <<Sí>>, me contestaba con categórica concisión. E inmediatamente pasaba a chancearse de nuestro otro amigo, remedando sus gestos y actitudes y comentando anécdotas pretéritas.

Luis pasó ese último período de su vida lejos de sus familiares (ausentes en América) y esto evidentemente impregnó de tristeza su final. Pero lo que no le faltó al bravo baracaldés fue el aliento de sus amigos, que fueron muchos y leales. Entre los que yo sé que le visitaban cada semana estaban Javier Lasagabaster, sus compañeros de armas Olazábal y Ordoki (este último comandante del famoso batallón Gernika), Alberto Elósegui, Mendiluce, Jokin Inza, Eugenio Iriondo, Adrada y los sacerdotes don Pedro Berrondo y don Pello Mari Seguro. Creo que también fueron a verle algunos curas de Coche, en Venezuela. No estuvo, pues, sólo en sus últimos días.

Le enterramos en el nuevo cementerio de la localidad marinera de Hondarribia, en el confín oriental de Guipúzcoa. ¡A él que había nacido en el extremo occidental de Vizcaya! Es un cementerio, como digo, nuevo, anexo al anterior. Y, curiosamente, fue la suya la primera inhumación registrada. Además de gente procedente de Vizcaya e Iparralde, junto con el cónsul de Venezuela acudieron numerosos vascos de los que años atrás compartieran con Luis el exilio en aquel lejano país. Si es que cabe llamar destierro a la permanencia en una tierra en la que se nos consideró a los vascos desde el primer día como hermanos...

Ruiz de Aguirre en el exilio

Por Alberto Elósegui

Periodista

“No tengo más necesidad de fe que mi fe en los seres humanos”

Pearl S. Buck

Creo que fue Fernando Munárriz el que nos presentó en Caracas:

Ruiz de Aguirre, un famoso escritor y Paul Garat, otro famoso escritor. Nos reímos mucho los tres y allí empezó una gran amistad por sobre ideologías y contra la edad. Era yo entonces, con ese seudónimo, jefe de la redacción de la revista venezolana *Momento* y él se dedicaba a la construcción. Y a recortar periódicos que tenía que comprar por parejas porque no había, en esos días, fotocopias. Escribía sin embargo poco. Él hacía su archivo.

Nos veíamos en el Centro Vasco de “E Paraíso”. Él era un asceta. La bebida no era para él y fumaba poco o nada. A veces jugaba “chamelo” en las mesas del amplio hall de Centro y ello le distendía. Por esos días era discreto. Dieciocho o veinte años más tarde, en Sabin Etxia de San Juan de Luz, jugaba al mus. El juego le volvió un poco protestante, aunque no blasfemaba ni decía palabras gruesas. Jugando a cartas todos eran iguales.

Hablábamos en Caracas sobre la guerra (<<la que perdisteis vosotros>>, señalaba yo), sobre mis reportajes en la prensa venezolana en mi larga guerra privada contra Franco, sobre los artículos de “Tellagorri” en *Euzko Gaztedi* de Caracas. Él me respetaba y en cuanto a lo de perder la guerra no se ofuscaba, pero respondía con contundencia cosas como <<qué habrías hecho vosotros, los de la nueva generación que no sabeis nada, etc.>>. La sangre nunca llegó al río. Además sabíamos que él estaba mucho más al corriente que todos nosotros sobre la guerra, cosa que demostró con sus escritos, en especial con *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*.

Su aventura estaba salpicada por agua de muchos mares e iluminada por sol de muchos cielos. Él no sabía que yo tenía algunos de sus primeros escritos y en su primer artículo, fechado en Buenos Aires el 10 de diciembre de 1940. Era de un *Euzko-Deya* ya amarillento, iba firmado por su seudónimo “Sancho de Beurko”, inspirado en el conocido barrio baracaldés. Porque había nacido en Barakaldo, el 18 de noviembre de 1908. A los veintipico, en la pre-guerra, había llegado a ser presidente de la Junta Municipal de ANV de Barakaldo.

Su pasado era su pasado. Apenas le gustaba hablar de él como no fuera del tiempo de la guerra. Él mismo se describió una vez <<torturado nuevamente por las escenas de la guerra que llevo pegadas a la memoria como una estampilla>> (sello postal en Venezuela).

Su mundo privado

No es casualidad que su primera obra *Gударis* tuviera ese título y la gloria de ser la primera en su género en toda América. A ella no pude contribuir –sino con mis críticas posteriores- ya que llegué a Caracas cuando ya la estaba gestando y a él no le conocía. Torturado yo también por la guerra –como lo estuvo la generación que siguió y que la vivió en sus padres- y afectado por ella en un exilio que no quise, es posible que Luis me aceptara tan bien por eso.

Pronto pude entrar en su mundo cuando me habló de Aguirre y me mostró su designación como comisario general de guerra del Cuerpo de Ejército de Euzkadi firmado por el Lehendakari Aguirre.

Nuestra colaboración: él suministrándome datos y yo suministrándole las técnicas de impresión y el *modus operandi* de un jefe de redacción en que estaba interesado. Era todo lo que podía intercambiar con aquel hombre reservado, callado, un poco “xomorro”, circunspecto pero no tortuoso.

En conversación con algunos de sus compañeros de ANV supe que había llegado a Venezuela procedente de Colombia en 1940, probablemente en el “Flandre” o en el “Bretagne”. Su primer trabajo fue el de artesano en una herrería propia, quizás recordando a los viejos ferrones vascos. Su socio era su primo Pérez de Aguirre. Conoció el primer Centro Vasco, situado entre las esquinas de Velásquez a Cipreses nº 9, inaugurado en 1942, el día del Aberri Eguna. Las primeras reuniones las sostuvieron en el bar “Santa Capilla”, donde él ayudó a redactar los estatutos.

A los tres meses, el lugar se hacía estrecho para su centenar crecido de socios y se encontró un local adecuado de Balconcito a Truco, donde, además, había la probabilidad de construir un frontón y en éste también anduvo metido con su seriedad y paciencia, nuestro Luis.

Nace “Sancho de Beurko”

Su primer artículo en el exilio, venía con una fotografía suya. Era toda una página de *Euzko-Deya* y de allí a los cuatro o cinco años se lo regalé cuando vi que le interesaba, aunque no tanto como su nombramiento de Comisario. Él habría retratarse como hormiga humana en ese terreno de archivero amateur en el prólogo de *Vascos por el mundo*: <<Desde hace algunos años he ido acumulando datos, documentos, narraciones, sobre ciertos hechos ocurridos a algunos vascos, con la intención de darlos a conocer>>. Por supuesto yo no era el que se hubiera opuesto a que publicara algo y tampoco él me daba a conocer todos sus originales. Una vez le pregunté por qué no dejaba la construcción para dedicarse al periodismo activo. Pero antes le había comentado los problemas que García Márquez, Plinio Mendoza y yo enfrentábamos con la dirección. <<Ese mundo es para fieras –me dijo–. Déjame tranquilo con mis escritos>>.

Desde su primer artículo estuvo presente Simón Bolívar. Cuando murió, tenía el proyecto como presidente de la Sociedad Bolivariana que era, de montar una pastoral – como las del escritos Chaho u otras que se han montado en Euzkadi Norte– y ya movía sus peones para ello. En su primer escrito en 1940 decía lo siguiente: <<Aquí donde Bolívar nació llegamos 1.010 vascos recordando aquellas palabras que Elena Baresco pronunció en la Sociedad de Naciones traduciendo el vasco apellido de Bolívar como... “Tierra de molinos”. Molinos que supieron moler el trigo de la gloria para dar paso a la libertad y luego conocemos algo de la historia de este país, más que en los libros por boca de los mismos venezolanos>>.

La situación de los vascos era precaria y la de Luis en aquellos días también. Pero él era de los que echaban corazón al asunto.

Su extraña habilidad con las manos que le hizo triunfar como ferrón en Venezuela –en los primeros días– la había probado en la preguerra en un hecho que comentaba ante quien quisiera oírle. Él fue quien realizó el despiece de la locomotora “Santa Fe” que la compañía Euskalduna realizaba al comenzar la década de los 30. Entonces combinaba él su celo aeneuvista con el cargo de ayudante del responsable de talleres, al que sacó muchas veces de atolladeros técnicos.

De esa habilidad con las manos me ha dejado constancia un íntimo amigo suyo que cuenta lo siguiente: <<nos hallábamos en un camino cercano a un lugar semiselvático. Charlábamos sin preocupación alguna, cuando Luis me tocó el brazo y me dijo imperiosamente: “¡Quieto!”. Se movió como un felino, cogió una piedra y la lanzó hacia delante con fuerza. La culebra, posiblemente venenosa, cayó fulminada. La piedra le había acertado en la cabeza y nadie cree eso de que la cabeza de la culebra es la que va a la piedra y no viceversa>>.

Luis conocía a fondo el país. Se que tuvo algún interés y colaboró con la compañía Concreto, que fundó Mardones con José Abásolo, Antxon Larrañaga y Lizarralde. Se dedicaron a la construcción. Pero antes había estado largo tiempo en el interior de Venezuela y sabía describir casi fotográficamente los puertos del caribe, el Orinoco “casi sin curvas” y había estado tiempo en San Félix, Ciudad Bolívar, San Cristóbal, El Caroní, las tierras de Coro y Falcón.

Hombre de izquierda

Una vez me dijo que había tenido las 40 enfermedades que se pueden tener en la selva, desde la malaria hasta la amibiasis, pero si eso era cierto las había soportado muy bien porque era fuerte como la proa de uno de sus veleros de fábula y es difícil saber si había estado o no en el origen del intento de colonizar la Gran Sabana según lo dejó escrito. Tuvo un enorme disgusto con la muerte de su primo Pérez de Aguirre. Fue un golpe doloroso para él.

<<El conservador es el hombre del pasado: defiende lo que es el hombre por lo que ha sido. Tiene miedo al futuro porque es un ladrón que lo despojará de los bienes que conserva del pasado. Para el hombre de izquierda, la abstracción es sólo una palabra: opone a las formas –civilización, nación, bloques– unos individuos vivos. Para él la masa son millones de oprimidos de carne y hueso y no un espantoso ídolo>>. El hombre para él eran los hombres. También un lector atento puede descubrir esa filosofía en sus escritos. Era un hombre de izquierda.

No discutíamos en general de esas cosas, pero era indudable, al menos para mí, que su único futuro eran los hombres, que después de esta vida no hay nada y que no creía en nuestra resurrección.

Es por eso que respetando las creencias de los demás veía su pasado en función de un futuro vital y del futuro de todos los hombres, en especial del hombre vasco. Y muchas de sus laboriosas investigaciones sobre la guerra civil tenían ese único sentido. En algunos momentos al ver que yo asentía en lo que decía a no ser que tocara principios vitales –en cuyo caso tampoco le oponía gran cosa–, me decía: <<¿Para eso nos escindimos del PNV antes de la guerra? Y ahora vienes tú con el cuento de que sois exactamente igual que nosotros, pero resulta que no estáis en ANV? No entiendo un carrizo>>.

Las discusiones no llegaban lejos. Cuando venía el momento que para otros hubiera supuesto la ruptura, alguno de los dos cedía. Rara vez le podía hacer un verdadero favor en el tema de la Guerra Civil, pero éste si fue uno: Cuando íbamos a traducir *El árbol de Gernika*, de George L. Steer, que alguien había traducido para él de la misma forma que un tratado de física (difícil de entender), me preguntó si siendo Steer corresponsal del periódico *Times* que defendía el conservadurismo y las derechas podía haber tratado bien a los de ANV, a sus batallones. Yo le dije: <<cuando lleguemos a estas páginas te las enseñaré>>. Quedó atónito al ver después que ANV, a pesar de tener muchos menos



batallones en liza que el PNV e incluso que los socialistas, aparecía en la obra igualado a veces incluso a éstos. Y se quedó contento.

El quería publicar una foto de un batallón de ANV en el libro. Me llevó a su casa en Las Mercedes y me dio un montón de fotos muy buenas. Su alegría fue grande cuando salió en el libro y en la p. 139 aparecía él saludando, junto a su gran amigo, el comandante Goitia, a una bandera de su unidad. Nos compró un montón de libros. Estaba emocionado como un niño

Luis Ruiz de Aguirre saludando en la famosa foto a la que alude Alberto Elósegui.

Foto: G.L. Steer. *El Árbol de Gernika*, Caracas, ediciones Gudari, 1961

Con los curas de Ocumare

Siendo como era agnóstico y lo fue hasta el último momento de su vida, puedo decir que no era un ateo militante como los que suee haber por ahí. Era un hombre de gran tolerancia. No dudaba en acudir dónde le llamaban si era para ayudar. Y así en el año 1959 resultó que los curas de la Mansión de los Ríos –que llegaron a América enviados por las diócesis vascas, primero a Ecuador– querían un nuevo territorio pastoral en Venezuela. También se habían extendido a Brasil y a Angola.

El párroco de Ocumare del Tuy estableció contacto con Luis para llevar adelante el proyecto trazado por algunos ingenieros y arquitectos vascos (incluido algún sobrino del Lehendakari Leizaola). Y Luis coordinó los trabajos en apoyo al párroco y guiando a los maestros de obras.

Cuando se le llamó Luis respondió que él había terminado ya su labor empresarial profesional en Venezuela y que tenía tiempo para ayudar a los curas lo lejos que fuera necesario. Y así, sin cobrarles un duro, se impuso a ir hasta Ocumare del Tuy, 200 Km. ida y vuelta, todas las semanas lunes o miércoles, en todo el periodo de la construcción que duró dos años. Sus colaboradores dijeron que era muy entendido, muy entendido y se le notaba clase para dirigir a los hombres bajo su mando. Es decir, que era un buen comisario también en tiempos de paz, aunque confesaba no estar graduado, sus conocimientos se situaban a nivel de ingeniero.

Al mediodía se celebraba una comida en la casa rural, con animada charla, recuerdos, bromas y chistes en los que él era el eje. Durante dos o tres horas se hablaba y de ahí nació entre aquel ateo y aquellos clérigos, que tenían mucho en común con él (el ser vascos), una sincera amistad. Eso siguió a través del tiempo e hizo que uno de ellos, Antonio Mendiluce, que salió del sacerdocio y vive en Donosti, fuera una pieza fundamental en el pequeño equipo que formamos entre todos para ayudar a Luis a cruzar la última frontera.

Para crearle polos de atención a los que les diera vueltas durante el día y la noche en lugar de pensar en los dolores de la radioterapia, yo inventaba cosas todos los días. Un día le dije:

-¿Te gustaría que viniera a visitarte el Lehendakari viejo?

-Mucho –me contestó.

Yo bajé a la recepción, llamé al Lehendakari y le pregunté si no le importaba venir a verle al Oncológico. El no sabía nada de la enfermedad y me contestó que no sólo una vez sino todas las que hiciera falta. Era el 14 de marzo y quedamos en que yo iría a buscarle a su casa de la calle Pío Baroja en un taxi a las tres de la tarde.

Pero el 16, Leizaola estaba muerto. Y yo le tuve que dar la mala noticia a Luis, porque se hubiera enterado. Quedó desconsolado.

Al poco recibió el telegrama del Lehendakari Ardanza que alguien le pidió (que no nosotros). Y Luis lo enseñaba con aire de satisfacción a los que venían de visita.

Todo esto es para ilustrar cuán fiel seguía siendo tanto al recuerdo del exilio como a su vida anterior... a la enfermedad. Si en la diáspora amó una cosa, la siguió amando hasta el día de su muerte. Fue un hombre leal.

Sus hobbies y sus amigos

Uno de sus hobbies era el mar. Tenía una especie de txabola en la costa venezolana, en Morrocoy. E invitaba para el fin de semana, al principio a los curas a los que había ayudado y luego a los que quisieran ir con él. Se colgaba un chinchorro, hamacas y camas turcas, y allí podían convivir cuatro o seis personas, muchas veces de las más variadas extracciones, todos vascos, en la fraternidad en la que el hermano mayor, en todos los conceptos, era Luis.

Por eso dice en su libro <<cuando los vascos llegamos a Morrocoy hicieron que se convirtiera en lo que es hoy: el lugar más concurrido y violentamente desarrollado para el turismo doméstico>>.

El tenía una lancha con motor fuera de borda que manejaba con gran habilidad con ayuda de los criollos Lugo y Soto, <<que llegaron a estos parajes años atrás>>.

El lugar le encantaba, como toda la geografía venezolana. “Etxezar” era su vieja casa de madera levantada sobre pilotes en la bahía de Morrocoy, pero pegada a tierra, esperando a que los juncos que plantó Juantxo dieran buena sombra. Esa era su casa y la de sus amigos.

¿Qué pescaban? Pues, sobre todo langostas, que ponía Luis a cocer y las tomaban con ron a pico y con whisky pero no con agua. Lueg fueron entrando otros como Luisito Zubía, un aeneuvista que vi en el funeral de Luis, y muchos de EGI como Juantxo (el pastelero), gran amigo mío, y Mendi, también egitarra. Uno de los habituales me ha dicho que se hablaba del cielo y de la tierra, faroladas de Luis a punta de manta sobre la guerra, literatura, cosas del centro y futuros proyectos (por parte de Luis) que se mostraba en esos momentos como un personaje casi barojiano, soñador, generoso y a veces quimérico.

El patriota que era

Su tipo de patriotismo no consistía en odiar a las demás naciones. Amó a los países por los que pasó. No hay que decirlo siquiera con respecto a Venezuela, cuyo pasaporte conservó hasta el último momento, sino por ejemplo Colombia, como la otra patria del

libertador, y Trinidad y Tobago. <<A cualquier parte donde pueda ser útil el vasco – decía en 1940– irá aunque el sol achicharre, irá mirando absorto el llano y las montañas, caminos y pueblos>>.

La poesía era en el fondo no una expresión de su personalidad sino un escape de sus problemas. Un año antes de morir, cuando todavía vivía en la villa Gochoki (San Juan de Luz), me invitaba a escribir poesía y yo le contestaba que el lío de la rima atrofiaba mi vena y que el que quisiera tomara mi prosa por poesía. Le decía <<tú eres hombre de números y yo no>>. El me contestaba que en los momentos más tensos una forma de aflojar y dar suelta a su espíritu era la poesía. Pero esos días se encontraba más bajo que nunca: <<yo no sé que tengo>>, me decía. Y creo que esa aprensión era una especie de premonición respecto a su mal incurable.

Teníamos una causa en común: los indios maquiritares en el Alto Caura. Quizá porque un amigo común, Daniel de Barandiarán, sobrino de Don Miguel, era misionero de la orden del padre Foucauld y se incorporó a su civilización, a sus costumbres y a su vida hasta ser uno de ellos. Luis, refiriéndose a él, a quien dedicaba un buen párrafo, dice: <<aprende su idioma, estudia sus ceremonias religiosas, espera pacientemente a que le consideren un ciudadano de la tribu>>.

Esto lo descubrí yo tarde, cuando salió su libro *Vascos por el mundo*, pero me hizo identificarme con quien lo había escrito porque fui amigo de Daniel –él bautizó a mi hijo Paul– y supe mucho de sus penas y disgustos con otras órdenes que seguían yendo a América con la cruz y la espada.

Últimamente pude darle a Luis una noticia: Daniel se había salido de su orden y funcionaba como antropólogo. Se hallaba en los archivos de Sevilla trabajando como investigador por cuenta del ministro venezolano Consalvi para recabar datos sobre el descubrimiento de América con vistas a 1992. La noticia le alegró mucho a Luis, preocupado ahora no con cosas metafísicas sino físicas. Esto ocurría hace dos años. Parecía un hombre sin muchos sentimientos, pero era un tipo humano muy complicado, en que esos mecanismos le producían acciones exteriores diferentes a otros. Admiraba a los de su generación, aunque no fuera muy expresivo y algunos le tomaban a veces por tímido. En un párrafo de sus escritos en 1940 dice: <<arquitectos, médicos, ingenieros, veterinarios, constructores, profesores, obreros especializados, se reparten el suelo venezolano trabajando y mirando a Europa, que arde llena de odio, haciéndonos pensar si la mentalidad americana tendrá que llegar allí (a Europa) a pacificar las tribus del siglo XX>>.

Al final de la década de los 60 él, que había arreglado sus asuntos o sus “responsabilidades” de la Guerra Civil pudo volver a España –entraba y salía por la frontera de Irún– y se dedicó tras unas conversaciones con Juan de Ajuriaguerra, quien le otorgaba su confianza, a investigar, a recoger documentos de la campaña del Norte, a entrevistar a comandantes de batallón y oficiales no sólo de ANV. Lo hizo con entera dedicación. De ahí su archivo.

Cuando coincidimos con él en Iparralde, nosotros exiliados en Biarritz, era uno de los que más nos visitaba, siempre para traernos algo: verduras y frutas <<de mi huerta de villa Gochoki>>. Comía con nosotros, hablaba con los niños (lamentándose siempre de algo que no tenía la culpa: no hablar euskera), recordaba Caracas.

Pero por lo que le recordaré siempre, y más en estos tiempos de enfrentamientos que no concebíamos siquiera cuando ambos soñábamos y luchábamos en la diáspora, es porque en este panorama siguió siendo un sólido puente de fraternidad y de tolerancia sin dejar de pertenecer a su ANV. Y el día en que murió, la tarde del 26 de julio de 1989, tuve la desagradable impresión de que ese puente, como ocurre en las guerras, había sido dinamitado.



Ciclo de conferencias "Protagonistas de la Historia Vasca (1923-1950)", 23 de mayo de 1984, de izquierda a derecha, Xosé Estévez, Luis Ruiz de Aguirre, Xavier Aizarna, Gonzalo Nardiz y Marga Otaegui.
Foto: Eusko Ikaskuntza

Ficha bio-bibliográfica de Luis Ruiz de Aguirre (Barakaldo, 1908-San Sebastián, 1989)

Por Elías Amézaga
Escritor

Confieso que a pesar de haberle tratado unos cuantos años no sabría decir como definir a este hombre. Le conocí por los años 70, en tiempos de la Dictadura, y como el rayo aparecía y desaparecía en las reuniones bíblicas. Si yo daba una conferencia allá estaba él, o en reuniones más o menos culturales, y cuando uno iba a darle las gracias e esfumaba. Alguna vez le acompañé a la muga o le despedía en el aeródromo vía a las Américas.

Iba y venía ¿A qué? Un misterio. Nunca hablaba de sí, y como quiera que su actuación en la guerra era comprometida y de responsabilidad, yo al menos no entraba al detalle. Dejó de ser indescifrable con el cambio de régimen. Empezó a colaborar en prensa, a descubrir su nombre sobre el seudónimo Sancho de Beurko, pasó más adelante a ser presidente de la Sociedad Bolivariana, y en lo personal me admitió en su chalet de Gochoki en Donibane, tratándome bien, por cierto.

Miguel Pelay Orozco que le conoció en Caracas de joven nos lo describe como un tipo delgado, nervudo, fuerte. <<Era también, y sigue siéndolo, hombre de pocas palabras, de pocas efusiones, de pocas afectaciones. Pero desde el principio un amigo leal, comprensivo e inteligente, respetuoso con las ideas y las actitudes ajenas y con quien uno se siente cómodo y seguro>>.

Luis Ruiz de Aguirre y Urkijo vino al mundo en un Barakaldo en cuesta, inquieto de conyiuo, pionero de las reivindicaciones obreras. El mismo fue letricista desde 1926 en que comienza a trabajar en Euskalduna, ocupando por méritos propios la ayudantía de talleres. Ahí comienza su vida sindical en Solidaridad de Obreros Vascos, y la política al ingresar en Juventud Vasca, y ya desde la fundación en Acción Nacionalista. Forma parte durante la República de un piquete dinámico que no se [...] la situación crítica de la hora que vive y acude a ambos frentes, el polémico o la lucha campal.

Según sus declaraciones al profesor José Luis de la Granja, forma parte en la localidad fabril de algunos grupos armados de autodefensa. Existió, pues, una asociación secreta armada para ayudar a los presos, llegando a constituirse al fin de la República en grupos paramilitares.

Durante la revolución del 34 los huelguistas, entre ellos los miembros de Acción, se apoderan del Ayuntamiento de Barakaldo y Luis Ruiz de Aguirre es detenido. Después del triunfo del Frente Popular pasa a los cuadros de mando en la Asamblea del Comité Nacional celebrada en Bilbao.

Ahí le sorprende la Guerra Civil. Voluntario de primera hora, Pasa a ser capitán de la compañía de ametralladoras del batallón nº 1 de ANV. Ruiz de Aguirre se da cuenta de la situación exacta del frente republicano. No hay orden. El entusiasmo obnubila las mentes más lúcidas que parecen ignorar el peligro, minimizándolo. No se va a pelear en igualdad de condiciones. Por un lado un ejército profesional, ayudas internacionales de otros técnicos de la guerra; por el otro, el suyo, la escasez. Material de guerra viejo. Iban a maniobrar con unos batallones sin preparación bélica, sin el espíritu patriótico que requería la causa, compuestos por un personal de muy variada ideología.

Lucha en Villarreal, en Donostia, en el frente Norte. En 1937 le nombran Comisario General del Ejército Vasco. Ramón Olazábal, también Comisario Político, me cuenta que el Lehendakari le otorgó en el palacio del Gobierno Vasco en Trucíos una nota con diversas órdenes. Y en Santander, esto lo cuenta él mismo, le encontró muy animado pensando que el Gobierno de Valencia le permitiría que los gudaris pasaran a los lomos de los Pirineos hasta el frente catalán. Otros eran los informes de Ruiz de Aguirre, más pesimistas, por supuesto.

Después del fallido pacto de Santoña embarca con otros varios líderes en un destroyers británico para el destierro.

¡Cuántos años! Se le ve joven todavía en su pasaporte. <<Llegamos a Francia con un hambre atroz e inmensas ganas de protestar –nos contará años después desde *Euzkadi* en Venezuela–. No se por qué dos amigos y yo fuimos metidos entre pinos, cerca de Dax. El piso estaba alfombrado por pinochos desprendidos. Sobre ellos corríamos desnudos, dando gritos hasta arrojarnos a un pequeño lago que debía dar fuerza a un molino. Después reíamos y fuimos siendo más buenos>>.

Ruiz de Aguirre se encuentra a disgusto en la inacción, pero a su vez, como otros tantos vascos sumido en el desánimo. ¿Para qué tanto sacrificio, tanta pérdida de vidas humanas? No siente deseos de seguir luchando, ni siquiera de continuar en Europa. Ahora bien, por esos días, no se veía con buenos ojos la escapatoria cuando abundan los síntomas de que un conflicto serio de gesta, para el que convendrá unir los esfuerzos de todos.

La realidad, por el momento, era muy otra. El nos la cuenta: <<Había recogido bastante madera que el mar arrojaba junto al faro de Biarritz. Eramos refugiados. Después, descalzo y con el aspecto de un naufrago –o naufrago auténtico– me empeñaba en sacar de las hendiduras de las peñas deliciosos mariscos. El espectáculo imponente del mar llamaba constantemente mi atención. Sobre una enorme roca, de superficie lisa, me tumbé muchas veces. En una de ellas, de espaldas a la orilla, soñaba despierto en islas desiertas, en lugares remotos. Huir de Europa, desengañados de la civilización. Imaginaba lugares deliciosos y multitud de paisajes me recreaban... hasta que un grito llegó de la orilla, de mis amigos, diciéndome que me diera prisa: la marea subía rápida y amenazaba aislarme>>.

Aquí sobra. Se da cuenta de que el refugiado molesta en los jardines y en las plazas públicas, en los bares, en los calles, deteniéndose ante los escaparates. <<Pueblos

acostumbrados al turismo, a una mayor densidad de población sienten el estorbo... Es su industria>>.

Un solo deseo: marcharse. Entra en la selva venezolana, participa después en Aviación con el Ejército de aquel país, construye hangares. Retorna a Euskadi, el Gobierno Vasco le pide que contribuya con sus conocimientos a reconstruir la historia de la Guerra Civil a través de sus protagonistas, que contarán, precisamente, lo que la historia no dijo nunca. Ruiz de Aguirre atiende a la insinuación y junta, como se sabe, alrededor de 50.000 documentos, en la actualidad propiedad del Gobierno de Vitoria. <<Fui peregrinando –él lo relata– dolorosamente por los pueblos vascos, buscando gudaris con el temor de que no estuvieran vivos, animándoles a reconstruir lo ocurrido, y es mucho lo que podemos ofrecer para que la Historia diga lo que siempre fue cierto>> (Informe del Presidente). De aquí nacerá su participación en *Bidasoa Ingurraztiak*, Instituto de Historia Contemporánea, que pretende dar a luz suficiente número de documentos gráficos y escritos que sirvan para conocer la actuación del Ejército Vasco en los frentes peninsulares como en la Segunda Guerra Mundial.

Luis Ruiz de Aguirre, sin afición a escribir, empuña en más de una ocasión la “péñola”, y no siempre para clasificar sus informes. A veces sigue a los vascos por el mundo. <<Mi estilo es decir las cosas de la manera más sencilla>>. Otras veces desgranando una poética que no pretende ser modélica, sino espontánea y, como alguien dice, la cosa misma, en realidad, queriendo explicarse más que con lógica, con las alas de este poeta, que para Marrodán intenta establecer una relación personal con el enigma de la vida. ¡Singular batalla la suya con la muerte! Sin tregua. A base de calmantes. Haciéndole el guiño. La última vez que le vi, me debió ver preocupado observando como ingería tanta píldora que me dijo: <<Tranquilo, llegaré al siglo XXI>>.

Sus grandes preocupaciones de estos últimos años: la salud, en baja desde 1983, la imposibilidad de ordenar del todo sus miles de documentos, la soledad en que se encontraba para hacerlo (es así como se trabaja en este País) y en cuarto lugar, el reto de dar fin a *La ruta de Santoña* al objeto de denunciar desafueros, poner la significación exacta de hecho en su sitio y a cada cual en su lugar según su actuación en la guerra el 36.

De mi sólo quieren los papeles, me escribe en una carta (7-X-1982). <<En los diecisiete años que estoy en ellos muchos creyeron que pasaba el tiempo lloriqueando pero nadie se molestó en poner una mano al lado de la mía>>. <<Pienso –insiste más allá, como animándose a si mismo– que somos fenomenales; sin ningún estímulo producimos elementos de cultura vasca. Como en cualquier país, incluida España, una producción como la nuestra tiene el reconocimiento de las gentes>>. Y en posterior misiva:

<<Permanezco solo. Temo que perderé el habla por no tener con quien conversar>>.

Está enclaustrado en su chalet Gochoki al borde de la ruta que va a Bayona, oyendo sin cesar su tráfigo infernal.

En 1984 sigue el cansancio, la impotencia de poder llegar a dar cima a su tarea. En junio su situación física se agrava. Me escribe el día 6: <<¡Qué abandono! El 21, sábado, 39,5 de fiebre. Domingo, 39,5. Lunes a la mañana 39,1. Llamada al Dr. Rezola e ingreso en la policlínica de Donibane. Siete días con una pérdida de siete kilos, uno por día. Dos horas de estudio anatómico en los aparatos de radio. Desnudo para agregar una bronquitis. La botella en lo alto e inyecciones de antibióticos a través de la goma. Cede la fiebre, primeros diagnósticos: calcificada la ven aorta. ¡Ah, y tengo una piedra de molino en la próstata, una hermosa piedra! Y estoy infecto, un mes más de antibióticos. En vista de lo cual me voy a USA desde Sondica, vía Madrid>>.

Si su viaje por la vida se alargó y en un buen trayecto fue solo, sus postreros días han sido más concurridos, como para que se diera cuenta de que sus muchos amigos seguían

a su lado. En vísperas de su muerte siente deseos de volar una vez más a las Américas. Ya no hay pasajes más que para el cielo.

En mi poder obra una cuartilla de su pluma escrita en el Oncológico el miércoles 14 de junio, desde su habitación 217, a las 12 del mediodía: <<Se me plantea el problema del viaje a Caracas y hay que buscar dinero prestado por los amigos. No sé cuanto vale el viaje ida Hondarribia-Madrid y Madrid-Caracas>>.

No llegó a realizarlo. Afortunadamente para él. Y para sus amigos que no podían verle padecer de aquel modo. Así que el avión se llevaría su sombra como aquel otro tren del que nos habló el poeta:

<<Ese tren se llevó
todo lo que yo tenía.
Si volviera...
Pero nada vuelve
Y yo , sólo, espero en la estación
Con la maleta vacía>>.

Bibliografía

Publicaciones:

Historia vasca en las anexiones con Castilla, conferencia, Bilbao, 1933.

Gudaris, Buenos Aires, 1942.

Vascos por el mundo, Lapurdi, 1977.

Prólogo y notas a *El Informe del Presidente Aguirre al Gobierno de la República*, Bilbao, 1978.

Pido un monumento, Bilbao, 1978.

Prólogo a *Eloy, Euskadi en llamas*, Vitoria, 1979.

Viento y agua por los caminos, Bilbao, 1980

“El Ejército Vasco”, en *Historia General de la Guerra Civil en Euskadi*, Bilbao, 1981. tomo VI.

Semillas de mis surcos, Bilbao, 1985.

Sin terminar: *Cajón de sastre, cuentos y la ruta de Santoña*.

Artículos:

Tierra Vasca:

“Por Tierra Vasca. Una idea...¿Aceptable?”, 7-XII-1933.

“La ayuda para Tierra Vasca”, 28-II-1934 y 7-III-1934

“Ayuda para Tierra Vasca”, 9-III-1934.

“Añadamos un poco más”, 15-III-1934.

“Pescadores”, id.

“Gudaris de ANV al encuentro del enemigo”, 13-XII-1936.

“Después de un combate. En la cumbre del Albertia”, 16-XII-1936.

“Paz”, 17-XII-1936.

“Semejanzas. Vanguardia y retaguardia. Hombres y mujeres”, 19-XII-1936.

“Régimen de sentido común”, 23-XII-1936.

“El gallo y el caballo”, 27-XII-1936.

“Los perros”, 12-I-1937.
“Cuadros. Una chabola”, 9-III-1937.
“Santa Águeda”, 15-III-1937.
“Sombras hacia la luz”, 23-III-1937.
Euzkadi (Caracas):
“Sobre la marcha”, 1947.
“Está llegando el mañana”, 1948.
Euzko-Gaztedi:
“Gudariak”, serial, 1951, 17.
“Gudaris”, mayo, 1959.
“El roble y el caob”, noviembre de 1959.
“En un lugar de Euzkadi”, enero, 1960.
“La libertad”, junio, 1960.
Gernika:
“El caserío Sagasti”, nº 12, 51.
“Lore bat”, nº 14, 34.
Varios:
“Varios aspectos informativos de la salida de los refugiados vascos en Venezuela”,
Euzko Deya, Buenos Aires, 10-XII, 1940.
“Euzkadi sentada”, *Euzko Deya*, México, 1961, 257.
“Vete, pino, vete, poesía”, *Aranzazu*, 1973, LIII, 140.
“Gero arte, Lezo”, *Deia*, 28-V-1981.

Referencias:

TELLAGORRI: prólogo a *Gudaris*, Buenos Aires, 1942.
XX: “Estatuto de 1936. Sus protagonistas, L. Ruiz de Aguirre”, *Garaia*, 1976, nº 3.
UGALDE, M. de: *Historia de Euskadi*, Barcelona, 1984, VI, 54.
XX: “Luis Ruiz de Aguirre”, *El Diario Vasco*, 1-VIII-1989.
GRANJA, J.L. de la: *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, Madrid, 1986, pp. 64, 179, 250, 312, 336-337, 348, 497, 521, 523, 590-592, 673.
PELAY OROZCO, M.: Prólogo a *Pido un monumento*, Bilbao, 1978.
XX: “Mi emocionado recuerdo”, *Deia*, 4-VIII-1989.
CASTRESANA, I. DE: Epílogo a *Pido un monumento*, Bilbao, 1978.
JIMÉNEZ ABERASTURI, L.M. y J.C.: Entrevista, en *La guerra en Euskadi*, Barcelona, 1978, pp. 247-286.
BLASCO OLAETXEA, C.: *Diálogos de guerra, Euskadi, 1936*, Usúrbil, 1983, pp. 32-49.
ESTÉVEZ-OTAEGUI: *Protagonistas de la Historia Vasca (1923-1950)*, Entrevista, cuaderno de Eusko Ikaskuntza, San Sebastián, 1985.
XX: “Valores humanos. Luis Ruiz de Aguirre”, *El Irunés*, 1989.
LASAGABASTER, J.: “En su amada Hondarribia ha muerto un poeta: Ruiz de Aguirre”.